

vo partido entre los mismos vencedores, pues las acusaciones de moderado ó de exagerado cargaban sobre todos sin fijarse positivamente en ninguno. Mas en medio de aquel desorden de opiniones una sola reputacion permanecia inaccesible á todo ataque y era la de Robespierre. Este no habia sido nunca indulgente con los individuos, ni compadecido á ningun proscrito ni hecho migas con ningun general, asentista ó diputado. Tampoco se le podia acusar de haber disfrutado placer alguno durante la revolucion, sino que vivia oscuramente y mantenía, segun se dice, con una de sus hijas un comercio que se ignora. Severo, reservado é íntegro, parece que era y pasaba por incorruptible, sin poderle echar en cara otro vicio que el orgullo, el cual no mancha como la corrupcion, pero ocasiona grandes males en las discordias civiles y llega á ser terrible en los hombres austeros y en los devotos religiosos ó políticos, porque como es su única pasion, suelen satisfacerla sin distraccion y sin piedad.

Robespierre era el único individuo que pudiese contener ciertos movimientos de impaciencia revolucionaria sin que se atribuyera su moderacion á motivos de diversion ó de interes, y su resistencia, cuando la hacía, nunca se atribuía mas que á la razon. Conocia perfectamente su situacion y entonces fué cuando por primera vez principió á eri-

gírla en sistema: hasta entonces entregado todo al odio, no habia pensado mas que en descargar la revolucion sobre los girondinos; mas ahora viéndose en el nuevo desorden de los ánimos un peligro para los patriotas, pensó que era necesario mantener el respeto á la convencion y á la comision de salud pública, porque en ellas residia toda la autoridad y no podia pasar á otras manos sin una confusion espantosa. Por otra parte él se encontraba en aquella convencion y no podia menos de entrar muy pronto en la comision de salud pública, y así al tiempo mismo que defendia una autoridad indispensable, defendia la suya propia. Mas como toda opinion se formaba primero en los jacobinos, pensó en hacerse dueño de ellos cada vez mas y unirlos con la convencion y con sus comisiones, salvo á desencadenarlos despues si lo consideraba necesario. Siempre asiduo á las sesiones pero sin concurrir á ningunas otras, los lisonjeaba con su presencia, y mientras que rara vez tomaba la palabra en la convencion, donde, como ya hemos dicho, no se hablaba ya casi nunca, se le veía frecuentemente en la tribuna de los otros y no dejaba nunca pasar cualquiera proposicion importante sin discutirla, modificarla ó rechazarla. En esto su conducta estaba mejor calculada que la de Danton, porque nada ofende mas á los hombres ni favorece los rumores equívocos como

la ausencia. Danton era descuidado, como todos los genios ardientes y apasionados, y concurría muy poco á los jacobinos, de suerte que cuando se presentaba en ellos, se veía reducido á justificarse y asegurar que sería siempre buen patriota diciendo que «si alguna vez usaba de ciertas consideraciones para atraer á los ánimos débiles aunque bienintencionados, podían estar seguros de que no se había disminuido su energía, y siempre velaba por los intereses de la república, que «saldría victoriosa.» ¡Vanas y peligrosas excusas! Cuando uno se ve precisado á esplicarse y justificarse ya está dominado por aquellos á quienes se dirige. Por el contrario Robespierre estaba siempre á la vista, siempre pronto á rechazar las insinuaciones y nunca reducido á justificarse: antes bien siempre tomaba el tono de acusador; reprendía á sus fieles jacobinos y había llegado al punto en que la pasión que ha sabido inspirarse es tan veemente que no la disminuyen sino mas bien la aumentan las reprensiones severas.

Ya hemos visto de que modo trató á Jacobo Le-Roux, que había propuesto una petición contra el acta constitucional, y lo mismo hacía en cuantas circunstancias se trataba de la convencion. Aquella asamblea estaba ya depurada, decía, y no merecía mas que respeto, y así cualquiera que dijese mal de ella era un mal ciudadano. Verdad es que

la comision de salud pública no había hecho todavía todo lo que debía (porque aun defendiendo, Robespierre censuraba á los mismos que defendía); pero estaba en el buen camino, y atacarla era destruir el centro necesario de todas las autoridades, debilitar la energía del gobierno y comprometer la república. Cuando se intentaba molestar á la convencion ó á la comision con peticiones demasiado repetidas, se oponía á ello diciendo que se malgastaba el influjo de los jacobinos y se hacía perder el tiempo á los depositarios del poder. Un día en que se pretendía que las sesiones de la comision fuesen públicas, se encolerizó contra aquella proposición y dijo que había enemigos ocultos que con la máscara de patriotismo soltaban proposiciones incendiarias, principiando entonces á sostener que los extranjeros pagaban dos especies de conspiradores en Francia: los exageradores que todo lo precipitaban hacia el desorden, y los moderados que todo lo querían paralizar á fuerza de molición.

Tres veces se había prorrogado ya la comision de salud pública y era necesario el día 10 de julio volverla á prorrogar ó renovarla, sobre la cual hubo gran sesión el día 8 en los jacobinos. Todos clamaban porque era indispensable mudar sus miembros y no hacer lo que se había hecho tres meses seguidos. — «Ciertamente, dijo Bourdon la

«comision tiene muy buenas intenciones y no tra-
«to de culparla de ningun modo, pero es una ca-
«lamidad anexa á la especie humana no tener
«energia mas que los primeros dias. Los actuales
«miembros de la comision han pasado ya su épo-
«ca, están gastados y debemos mudarlos. Hoy se
«necesitan hombres revolucionarios, á quienes
«podamos confiar la suerte de la república y que
«nos respondan de ella con sus cabezas.»

«Siguióse á Bourdon el acalorado Chabot y dijo:
«Es menester renovar la comision y no permitir
«nueva prórroga, sin que baste agregarla algunos
«individuos mas por buenos patriotas que sean,
«por que la prueba la tenemos en la mano. Cou-
«thon, Saint Just y Juan Bon-St. Andre están re-
«ducidos á la nulidad por sus compañeros, y no
«ha de permitirse tampoco que la renovacion se
«haga por escrutinio secreto porque los nuevos
«serian peores que los antiguos, que no valen un
«pepino. Yo mismo le he oido á Mathieu propo-
«siciones muy anticívicas en la sociedad de las
«mugeres revolucionarias. Ramel ha escrito á To-
«losa que solo los propietarios eran capaces de
«salvar la causa pública, y que no se debian po-
«ner las armas en manos de los descamisados.
«Cambon es un loco á quien todos los objetos pa-
«recen mas gruesos de lo que son y se asusta á
«cien pasos que los vea. Guython Morveau es un

«hombre de bien, pero una especie de Cuakero
«que siempre está temblando. Delmás que tiene la
«comision de nombramientos, no ha hecho siquie-
«ra una eleccion buena y ha llenado el ejército
«de contrarevolucionarios; últimamente esa comi-
«sion era amiga de Lebrun y no podia ver á Bu-
«chote.»

«Gran prisa se dió Robespierre á responder á
Chabot diciendo: «En cada frase y en cada pala-
«bra del discurso de Chabot oigo respirar el mas
«puro patriotismo; pero veo al mismo tiempo ese
«patriotismo exaltado que se indigna de que todo
«no salga á medida de sus deseos, y se irrita de
«que la comision de salud pública no haya lle-
«gado en sus operaciones á una perfeccion im-
«posible, que Chabot no encontrará en ninguna
«parte.»

«Estoy tan persuadido como él á que la comi-
«sion no está compuesta de hombres igualmente
«ilustrados y virtuosos, ¿pero qué cuerpo se en-
«contrará en que no suceda lo mismo? ¿Podrá
«impedir que los hombres estén sugetos al error?
«¿No ha visto á la convencion, despues que vomitó
«de su seno á los oradores que la deshonoraban
«volver á tomar nueva energia, cierta grandeza
«que la era desconocida hasta aquel dia y un ca-
«rácter mas augusto en su representacion? ¿Y no
«basta este ejemplo para probar que no siempre

« es necesario destruir, sino que muchas ve-
 « ces exige la prudencia contentarse con re-
 « formar. »

« Si, sin duda, hay en la comision de salud
 « pública hombres capaces de remontar la máqui-
 « na y dar nueva fuerza á sus recursos: solo se ne-
 « cesita estimularles á hacerlo. ¿ Quien puede ol-
 « vidar los servicios que esa comision ha hecho á
 « la causa pública, las muchas conspiraciones
 « que ha descubierto, las felices indicaciones que
 « la debemos y las miras tan prudentes como pro-
 « fundas que ha sabido desarrollar? »

« La asamblea no creó una comision de salud
 « pública para que influyese en ella ni para que
 « la dictase sus decretos, sino para distinguir en
 « las medidas que se propusieron lo que fuese
 « bueno de lo que, por mas seductor que aparez-
 « ca en la forma, pudiera ocasionar consecuencias
 « peligrosas. Pero ella es quien ha dado el primer
 « impulso á muchas determinaciones esenciales
 « que tal vez han salvado la patria; ha evitado los
 « inconvenientes de una discusion penosa y mu-
 « chas veces inutil, presentando resultados posi-
 « tivos aun en materias que no la eran familiares
 « y que apenas conocia antes. »

« Todo esto basta para probar que la comision
 « de salud pública no ha servido de tan poco co-
 « mo parece que se quiere persuadir. Ha cometi-

« do faltas sin duda y no soy yo quien tratará de
 « disimularlas. ¿ Propenderé tal vez á la indulgen-
 « cia cuando soy de los que creen que no se ha he-
 « cho lo bastante por la patria cuando aun falta
 « que hacer alguna cosa? Si, lo repito, ha cometi-
 « do faltas no tengo reparo en echárselas en cara
 « muy de acuerdo con vosotros; pero seria impolí-
 « tico en este momento promover el descontento
 « del pueblo contra una comision que necesita de
 « toda su confianza, como que está encargada de
 « grandes intereses y puede hacer grandes servicios
 « á la patria, y por mas que no tenga la aprobacion
 « de las *ciudadanas republicanas revolucionarias*, no
 « por eso la juzgo menos propia para sus impor-
 « tantes operaciones. »

Despues de estas reflexiones de Robespierre se
 cerró la discusion y á los dos dias se renovó la co-
 mision reduciéndola á nueve individuos como en
 su principio. Los nuevos miembros fueron Barre-
 re, Juan Bon Saint Andre, Gasparin³, Couthon,
 Herault Sechelles, Saint Just, Thuriot, Roberto
 Lindet y Prieur de la Marne⁴. Todos los que ha-
 bían sido sindicados de debilidad fueron separa-
 dos, menos Barrére, á quien se perdonó lo pasa-
 do en consideracion á su extraordinaria facilidad
 para redactarlos informes y á lo mucho que se ple-
 gaba á las circunstancias. Todavía no tuvo entra-
 da en ella Robespierre, pero con algunos dias mas

y algun otro peligro en las fronteras no podia menos de parar allí.

Otras muchas ocasiones tuvo tambien en que desplegar su nueva política, pues la marina no dejaba de causar inquietudes ni cesaban de quejarse de Albarad, de su predecesor Monge, y del estado miserable de nuestras escuadras, que habiendo vuelto de Cerdeña á los arsenales de Tolon, no se reparaban y estaban mandadas por oficiales antiguos casi todos aristocrátas. Tambien se murmuraba mucho de ciertos individuos nuevamente agregados á la secretaria de marina, y particularmente de un tal Peyron, á quien se habia dado el encargo de reorganizar la escuadra de Tolon. Este no habia hecho lo que debia, segun la voz pública, y pedian sobre ello la responsabilidad del ministro, el cual se disculpaba con que el tal nombramiento se habia hecho á recomendacion de un gran patriota, afectando ocultar su nombre.—Que se diga quien es, clamaron muchas voces á un tiempo.—Pues bien, dijo el denunciador, este patriota célebre es Danton.—Al oir estas palabras empezó un gran murmullo, y habiendo acudido Robespierre, dijo: «Suplico á la
«sociedad que concluya esta farsa y se dé principio
«á la sesion. Parece que se acusa á Albarade; yo
«no le conozco mas que por la voz pública que le
«proclama ministro patriota, ¿pero que es lo que

«se le echa en cara? un error. Y quien hay que no
«le padezca? Una eleccion suya no ha correspondido á la esperanza general: tambien Pache y Buchotte han hecho otras muchas bastante malas y
«con todo nadie les niega que son unos verdaderos republicanos y amigos sinceros de la libertad. Basta que un hombre tenga un empleo para
«que al punto se le calumnie: ¿cuando hemos de
«dejar de dar crédito á chismes ridiculos ó pérfidos que nos llegan de todas partes?

«Pero veo que á esta denuncia vaga contra el ministro se añade otra particular contra Danton y
«pregunto yo ¿se trata de inspirar sospechas contra él? Si en lugar de desanimar á los patriotas y
«andar con tanto empeño buscándoles crímenes donde apenas hay un ligero error, se pensara un
«poco en los medios de facilitar sus operaciones y
«hacer que su trabajo fuese mas fácil y menos
«espinoso, creo que ademas de proceder con mas lealtad seria tambien mas provechoso á la patria.
«Ya se ha desacreditado á Buchotte y se ha denunciado á Pache, porque parece está escrito que
«no han de quedar sin su denuncia los mas selectos patriotas; pero ya es tiempo de poner término á esas ridículas y afflictivas escenas y yo
«querria que la sociedad de los jacobinos se atoviese á controvertir una serie de asuntos que podria discutir con fruto, dejando á un lado tan-

« los otros que nos traen aqui y que por la mayor parte son inútiles ó peligrosos. »

De este modo conociendo Robespierre el riesgo de un nuevo extravio de los ánimos, que hubiera podido acabar con el gobierno, se esforzaba por restituir el afecto de los jacobinos á la convencion, á las comisiones y á los antiguos patriotas, empleando en su favor aquella política tan laudable como útil. Con hacer respetar la autoridad de las comisiones preparaba la suya propia, y con defender á los patriotas de la misma fecha y energia, se defendia á sí mismo y estorbaba que la opinion amontonase víctimas á su alrededor, al mismo tiempo que ponía en un rango muy inferior al suyo á todos aquellos de quienes se declaraba protector, y por último aumentaba su prestigio en los jacobinos por su misma severidad y adquiría una gran reputacion de prudencia. En todo esto no empleaba Robespierre otra ambicion que la misma que habian usado todos los corifeos revolucionarios, que hasta entonces habian intentado detener la revolucion en el punto en que se paraban ellos mismos, y esta política, que los habia despopularizado á todos, no debia despopularizarle á él, porque la revolucion iba acercándose al término de sus peligros y excesos.

Los diputados que estaban presos habian sido puestos en estado de acusacion inmediatamente

después de la muerte de Marat y se estaba preparando su juicio. Ya se empezaba á decir que era indispensable derribar las cabezas de los Borbones que quedaban, por mas que estas cabezas fuesen las de dos mugeres, esposa la una y hermana la otra del último rey; y la del duque de Orleans, tan adicto á la revolucion y que por entonces se hallaba preso en Marsella en premio de sus servicios.

Se habia dispuesto una fiesta en celebridad de la nueva constitucion aceptada. Todas las asambleas primarias debian enviar diputados á dar su voto, y reunirse en el campo de la federacion en una funcion solemne. Estaba señalado no el dia 14 de julio, sino el 10 de agosto, porque si bien aquel habia abolido el federalismo fué conservando la monarquia, mientras que este otro habia introducido la república con la toma de las Tullerias. Y así los republicanos y los realistas constitucionales se distinguian en que los unos celebraban el 10 de agosto y los otros el 14 de julio.

Iba ya espirando el federalismo y era general la aceptacion de la constitucion: solo Burdeos conservaba siempre la mayor reserva sin hacer acto alguno decisivo ni de sumision ni de hostilidad, pero aceptaba la constitucion. Lyon continuaba sus causas en el tribunal revolucionario, pero aunque rebelde en este solo punto, estaba sumisa

en todos los demas y aceptaba tambien la constitucion. Marsella era la única que reusaba adherir á ella, pero su corto ejército, ya separado del de Languedoc, acababa de ser espelido de Aviñon en los últimos dias de julio y repasado el Duranzo. Estaba pues vencido el federalismo y triunfante la constitucion; pero se aumentaba el peligro en las fronteras y hasta era inminente en el Vendée, en el Rhin y en el Norte, habiéndose lavado los del Vendée con nuevas victorias del reves sufrido en Nantes, y estando mas apuradas que nunca las plazas de Maguncia y Valenciennes.

Interrumpimos nuestra narracion de los acontecimientos militares en el momento en que los del Vendée, rechazados de Nantes, se volvieron á su tierra y tambien dejamos á Biron llegando á Angers, despues de la libertad de Nantes y concertando un plan con el general Canclaux. Durante aquel tiempo habia ido Westermann á Niort con la legion germánica y conseguido de Biron el permiso de adelantarse hacia el interior. Este Westermann era aquel mismo alsacio que se habia distinguido el dia 10 de agosto y decidió el éxito de aquella jornada; el mismo que luego sirvió gloriosamente con Dumouriez, amigo suyo y de Danton, hasta que últimamente fué denunciado por Marat, á quien se dice que habia dado de palos por no se que injurias. Era del número de

aquellos patriotas, cuyos grandes servicios estaban fuera de duda, pero á quienes no se perdonaba los placeres que habian disfrutado con la revolucion, y ya iban disgustando mucho porque exigian disciplina en los ejércitos, conocimientos en los oficiales, y no se empeñaban en escluir á todo general noble ni llamar traidor á todo el que tenia la desgracia de ser batido. Westermann habia formado una legion con el nombre de *germánica*, compuesta de cuatro ó cinco mil hombres entre infanteria, caballeria y artilleria. Como todos sus soldados le obedecian ciegamente y les hacia observar una disciplina severa, desplegó con ellos singular audacia é hizo servicios brillantes, yendo con ella al Vendée, donde la reorganizó de nuevo y echó de ella á los cobardes que le habian ido á denunciar. Mostraba el mayor desprecio de aquellos batallones informes que robaban y asolaban el pais, con lo que y con manifestar los mismos sentimientos que Biron, estaba reputado, como él, por uno de los militares aristocrátas. Ya hemos dicho que el ministro de la guerra Buchotte habia esparcido por el Vendée sus agentes jacobinos y franciscanos, donde rivalizaban con los representantes y generales, autorizaban los saqueos y vejaciones bajo el título de requisiciones de guerra, lo mismo que la indisciplina bajo pretexto de proteger al soldado contra el despotismo de los oficia-

les. El oficial mayor de la secretaria de Bouchotte era Vincent ⁵, franciscano joven y frenético, y la cabeza mas peligrosa y turbulenta de la época; mandaba enteramente al ministro y era quien hacia todos los nombramientos y perseguia con el mayor rigor á los generales. Tenia por amigo á Ronsin, aquel comisario ordenador que le enviaron á Dumouriez cuando se desaprobaron todas sus contratas y á este fué á quien puso de gefe principal de todos los agentes que habian ido al Vendée, con el título de ministro adjunto. Estaban bajo sus órdenes el impresor Mómoro ⁶, el cómico Grammont, y otros muchos que obraban en el mismo sentido y se portaban con la misma violencia; mas como Westermann estaba ya muy poco de acuerdo con ellos, acabó de enagenárselos del todo con un acto de energia. Un tal Rousignol, de quien ya hemos hecho mencion en esta historia, antiguo aprendiz de platero, que tanto se distinguió en los alborotos del 20 de junio y 10 de agosto, era uno de los favorecidos del ministerio franciscano y por tanto mandaba uno de aquellos batallones de la formacion de Orleans. Estando un dia bebiendo con los soldados de Westermann, se puso á decir que los soldados no debian ser esclavos de sus oficiales, que Biron era un antiguo noble y un traidor, y que se debia echar de sus casas á los paisanos para alojar á la tropa.

Inmediatamente le mandó arrestar Westermann y poner en consejo de guerra; pero le reclamó Ronsin y al momento envió á Paris una denuncia contra Westermann.

Este sin hacer caso del suceso, se puso en marcha con su legion para penetrar hasta el corazon del Vendée, y partiendo desde el lado opuesto al Loira, es decir desde el medio dia del teatro de la guerra, se apoderó por de pronto de Parthenay, despues entró en Amaillou y puso fuego á este último en represalias de lo que habia hecho Lescure. Efectivamente cuando este entró en Parthenay habia tratado con rigor á los habitantes, que pasaban por revolucionarios, y en cambio cogió Westermann á los vecinos de Amillon y se les envió á los de Parthenay para que les indemnizaran. Luego mandó pegar fuego al palacio de Clisson que pertenecia á Lescure y esparció por todas partes el terror en su precipitada marcha, con las exageradas voces que corrian de sus ejecuciones militares. Westermann no era cruel, pero dió principio á las desastrosas represalias que arruinaron á las comarcas neutrales á quienes acusaban ambos partidos de que favorecian á los de la parte contraria. Todo el mundo se habia puesto en huida hasta Chatillon, donde se habian reunido las familias de los gefes del Vendée y los restos de sus ejércitos. El dia 3 de julio, no teniendo ya